

# QLIPHOTH



Miguel Díaz Fernández  
J.A. Fernández Madrigal  
Graciela Inés Lorenzo  
Jorge R. Ogdon  
J. Alexander Padrón

4

## ÍNDICE



Editorial.....III



'Lo que ve el pincel de Dios',  
por J. A. Fernández Madrigal.....IV



'Estela', 'Ciudades Paralelas'  
por Miguel Díaz Fernández.....VII



'Isabel y María',  
por Graciela Inés Lorenzo.....X



'Inmensidad, frío...',  
por J. Alexander Padrón.....XVI



'La Puerta Etrusca (II)',  
por Jorge R. Ogdón.....XVIII

Septiembre 2001

Qliphoth es un fanzine en formato PDF sobre mitología que se distribuye gratuitamente y se realiza sin ánimo de lucro.

El © de los relatos y las ilustraciones pertenece a los autores.

Dirección de contacto: [qliphoth@dreamers.com](mailto:qliphoth@dreamers.com) / [qliphoth@chryshantemum.com](mailto:qliphoth@chryshantemum.com).

ISSN: 1578-1739

EDICIÓN/MAQUETACIÓN:

Francisco Ruiz & Santiago Eximeno.

DISEÑO DE PORTADA:

Santiago Eximeno.

COLABORAN:

Miguel Díaz Fernández, J. A. Fernández Madrigal, Frasins (ilustración interior), Graciela Inés Lorenzo, Mike Minnis (ilustración de índice), Jorge R. Ogdón, Mercedes Rodrigo (ilustración interior) y J. Alexander Padrón.

## EDITORIAL

### *Locura, divina locura*

*La locura ha sido tratada de diversas maneras a lo largo de la historia, la mayoría de las veces desde el desconocimiento y el temor. Los locos son gente extraña y peligrosa para la sociedad en la que han nacido, en la medida que no siguen los postulados dictados por la misma. Su comportamiento extravagante muchas veces va contra la norma, desafiándola. Así es como durante siglos los locos han sido perseguidos, encerrados, e incluso muertos. En la cultura europea la locura muchas veces ha sido considerada una muestra de posesión demoniaca, y de esa manera en los autos de fe muchos 'endemoniados' no eran sino simples enfermos mentales.*

*Sin embargo, una cultura ha destacado entre todas por su manera de afrontar el fenómeno de la locura: la árabe. En el Islam, siguiendo siempre la palabra de Mahoma el Profeta y su libro sagrado, el Corán, los locos no son perseguidos. Al contrario, se les considera como tocados por la Mano de Dios. Son ellos los que, con la bendición de Alá, ven mas allá del velo que nos ciega, testigos de la auténtica realidad. En otras palabras: son visionarios, hombres santos, intocables...*

*¿Qué porción de esto es cierta y cuánto falsa? Es un hecho comprobado que el individuo, por el simple hecho de ser como es, no puede ser consciente de todo cuanto le rodea. En los laberintos de la mente se pierden demasiadas pistas como para tener una visión absoluta del mundo. Sin embargo, aun no se ha podido descubrir hasta donde es capaz de llegar el cerebro humano. Se ha hablado durante décadas de que es la más compleja creación de la naturaleza. ¿Podría ser que su capacidad discriminatoria superase nuestras más amplias expectativas? ¿Existe en ciertos tipos de locura una especie de clarividencia, algo que permita ver mas allá de lo 'evidente'? ¿Cuántos de esos llamados locos realmente no eran sino mentes privilegiadas, testigos de algo invisible a nosotros, que con sus balbuceos no estaban sino describiendo aquello que nosotros aun no podemos ver? La posibilidad de una percepción superior confundida por lo demás como locura ha sido tratada desde varios enfoques. Algunos escritores incluso fueron víctimas de ella, como es el caso de Philip K. Dick. Esta locura puede haber estado más imbuida en el desarrollo histórico de nuestro mundo: ¿cuántos líderes, pretéritos o actuales, no han actuado desde el otro lado de la línea de la cordura? Casos extremos nos son conocidos por todos: Roma posee entre su lista de emperadores indudables ejemplos de demencia. Recorriendo los siglos estos se multiplican, con más o menos relevancia.*

*Y no solo en el caso de personajes políticos: un ejemplo de enfermedad mental que ha trascendido es el de santa Teresa de Jesús. Sus éxtasis han sido ya catalogados psiquiátricamente, así como sus visiones. Y sin embargo ella, bordeando esa frontera de la insania, ha sido determinante en la historia de una de las más importantes religiones. Con ella ¿cuántos otros líderes religiosos de importancia mundial no traspasaron esa línea? ¿Qué parte de aquello que ahora llamamos mitos, cercanos o lejanos, no son sino los desvaríos de una mente 'tocada por dios'? No lo sabemos; quizá nunca lo sepamos...*

*Desde aquí no pretendemos otra cosa que dar a conocer las visiones de mentes diferentes, mentes de escritores. ¿Tocados por algún dios?*

*Los Editores.*

---

## Lo que ve el pincel de Dios

---

Por Juan Antonio Fernández Madrigal

Y pincelé con la mente:

*Sol de oro. Cálido despertar. Trazos purpúreos de sostén para mis párpados. Pastoso abrir de iris y rotar como ruleta del ojo de Horus repartiendo reflejos de cristal inexistentes por el mundo. Celosía de mis pestañas entrecruzando las visiones de mariposas-desierto, acacias implorantes y arena ocre sangrienta, caldo de cultivo de los más primitivos genes. Aromas calientes de la madre tierra sobre la que un día estas gentes se alzaron bípedos y alzaron su orgullo.*

El calor es sofocante; hoy vendrán. Con sus pieles teñidas de rojo y negro, sus vestidos teñidos de negro y rojo, sus espaldas trazadas en blanco por los ritos ancestrales y las jerarquías. Sus cabellos trenzados con jugos vegetales que entorpecen la labor del viento. Sus ojos azabache protegidos por pinceladas de azabache bajo los párpados de piel azabache que impiden que el sol de oro los condene eternamente a la negrura azabache de la ceguera.

Todo es Uno. Al salir de mi huevo-transporte y pisar el suelo de este lugar lo he sentido más que nunca.

Cánticos acercándose y durezas rugosas y calientes en los pies. Masticar de hojas secretas y flujos que se adentran dendríticos por las rugosidades de mi lengua, atraviesan las ramificaciones de mis nervios, y se posan en los receptáculos de la arbórea sede de mis pensamientos. Jugos deslizándose por mi consciencia para lubricarla. Sol de oro evaporando los jugos y mutando sus efectos para llegar a lo desconocido. Confluencia de los elementos para poder vislumbrar el núcleo del Uno, aún de lejos, admirarse, retractarse y retirarse finalmente como la serpiente que encuentra a un enemigo invencible, pero al conocer su existencia, ya es más fuerte. La aceptación de la debilidad hace más fuerte.

Gracias a los jugos sagrados puedo recordar, después de este largo viaje.

Allá en las brumas del mito, donde se encuentra el Círculo de los Fazedores de Teogonías, a algunos parsecs del Consejo de Cosmógonos y de los inquietantes Trazadores Escatológicos, donde dos estrellas danzan en la distancia bajo los auspicios de las galaxias derviche, de allí provengo. Rossiskaya es un lugar tenebroso, inhóspito: las visiones que surcan mis párpados delinearán sólo negro, brumas malolientes y domos semienterrados. Poca luz en Rossiskaya cría hipersensibles nervios ópticos y lóbulos cerebrales de visión casi vírgenes: el sustrato perfecto para armar los lienzos teogónicos. Los lienzos se imprimen en cerebros calientes, como el mío, bajo los suspicaces reflejos de las cúpulas de vanadio-acero de los palacios de los Zares estelares. Los lienzos entonces pueden ser transportados lejos del planeta, lejos del sistema, lejos de las galaxias derviche. Los trazadores llevamos en nuestras cabezas los lienzos hasta sus destinos. Viajamos todos esos años-luz en suspensión de conciencia, para evitar la contaminación mental del trayecto y llegar puros. Una vez allí, abrimos los ojos.

Yo veo:

*Sol de oro. Cielos de oxígeno puro y nitrógeno puro y otros gases inéditos más allá del Cinturón Estelar de Iovah. Delicados insectos corpúsculo danzantes como partículas de color olvidadas por quien diseñó este mundo, abandonadas antes de adquirir su porción de consciencia, y por tanto plenas y felices. Granos de cálida sílice que raspan y agujerean la piel pero al mismo tiempo sostienen la vida con su calor e incompresibilidad. Y seres anhelantes.*

Los seres anhelantes son la llave que abre otros de mis recuerdos y dejan que se desborde la presa energética que protege el lienzo dentro de mi cabeza. Pues ¿qué es la raíz del mito sino el deseo vehemente? Los moldes de esos seres anhelantes o llaves fueron fabricados por los Fazedores de Teogonías gracias a los productivos viajes de las Apis del Éter, que en sus caóticas

---

rutas hacia sus inescrutables alimentos, cabalgando sobre las corrientes de viento solar, arriban a lugares remotos y olvidados de los que se impregnan, portando sus esencias de regreso a sus hogares. Y llegando estas esencias al Círculo, las llaves se modelan sobre sus delicadísimas mezclas.

El lienzo que porto en el interior de mi cabeza fue bien urdido. Las imperfecciones de sus fibras encajan perfectamente con las correspondientes llaves. Ellos aún no han llegado: las llaves, los que corren bajo este sol insoportable; pero ya siento la presa pugnando por desbordarse.

Cuando aparezcan se detendrán ante mí. Vienen atraídos por sus mismas tradiciones: el lienzo estableció el punto de mi llegada, donde sus ancestros indicaron que alguien como yo vendría (todo es un círculo perfecto que se cierra muchas veces, y nosotros dominamos los cierres: las Apis se impregnaron de sus tradiciones. Los Fazedores hicieron las mezclas. Cerca de los palacios de los Zares impregnaron mi mente. Yo vengo con el lienzo adecuado. Todo es Uno).

Así pues, cuando la llave abra la presa energética que protege al lienzo, comenzaré a trazar.

En primer lugar, me adorarán. No he analizado con precisión las finas estructuras del lienzo, pero ese paso previo será inevitable. Preveo que no será difícil tornar mi papel de supuesto dios en el de simple enviado. Lo más difícil será, sin embargo, crear la figura de un Dios y nico. Siempre es lo más difícil, donde los Fazedores se emplean a fondo y se juegan su prestigio.

(¿Estarán los Fazedores atentos desde sus observatorios? ¿Confiarán por el contrario en futuros viajes de las Apis, más asépticos, pasivos, y de menor riesgo de intromisión? Quizás para entonces no me importe demasiado, este sol es demasiado fuerte para mi cerebro).

Cuando las llaves, ellos, con sus cuerpos musculosos garabateados de signos aún sin significado, porque se los pondré yo en el mismo momento que comprendan que he venido de mucho más lejos de donde pueden imaginar sólo con el objetivo de llenar sus vidas, cuando ellos me acepten en mi papel de mensajero, decía, comenzarán las enseñanzas. La etapa más larga, pero la más fructífera. Pondré nombres nuevos a

sus símbolos, y significados nuevos a sus nombres, y nombraré de nuevo su tierra, su aire, su sol, bajo la nueva óptica que me indique la obra de mi mente, que crecerá con ellos y de mí, y seré la boca pincel que diseñe arabescos con los pigmentos de las palabras y los gestos. A medida que el lienzo vaya siendo decorado, será más fácil trazar y dibujar, y eso estará bien, puesto que mi energía disminuirá por cederla al lienzo teogónico, lo que acelerará mi fin.

Finalmente, todos ellos crearán: el mito estará convenientemente dispuesto. Los Fazedores de Teogonías habrán culminado su labor, momentos propicios vendrán en los que los restantes Cuerpos hagan su trabajo: el Consejo de Cosmogonos enviará a sus príncipes para situar en el esquema cada esfera celeste, cada astro radiante y cuerpo espiritual, en su lugar correspondiente. Catástrofes arreciarán durante las que los Trazadores Escatológicos se desempeñarán bien para fijar los tintes de la obra con los oscuros barnices de las postrimerías del fin del mundo. Civilizaciones enteras en este anodino lugar crearán, portarán sus creencias, las modificarán, vivirán con ellas y para ellas, morirán por ellas, emplearán en resumen energía en levantar sus propias rejas invisibles, sus propios límites. Un trabajo fascinante, de resultados admirables. Pero todo ello no lo viviré yo, aunque sabré que no habría sido posible sin mi lienzo.

Ahora entrecierro los párpados de nuevo y alejo todos esos pensamientos hacia un lado, tratando de dejar libre la cerradura de mi mente para cuando ellos lleguen. Hay veces que he pensado en si nosotros mismos, los que venimos de más allá del Cinturón Estelar de Iovah, estaremos limitados también por rejas que no vemos, construidas por otros lienzos más grandes, incluso a pesar de nuestros conocimientos y nuestro poder de creación de mitos. A veces un regusto amargo baja por mi garganta y mis ojos atrofiados creen dibujar líneas paralelas y rectas que se elevan alrededor de mí hacia el cielo, hacia el espacio, más allá de las galaxias derviche, construidas por seres inimaginablemente poderosos e inescrutables.

Esos pensamientos no suelen llevar a ninguna parte. Los mitos son incognoscibles para los que creen en ellos, por definición. Y los creadores de mitos deben estar mucho más lejos que los propios mitos, del mismo modo que el

---

Círculo de Fazedores de Teogonías están mucho más lejos que éstos que vienen a mí.

Hace mucho rato que dejé por última vez de pensar en ello y me concentré en los pasos que ahora ya se escuchan claramente, y la nube de polvo ocre que comienza a vislumbrarse en el horizonte. Hace tiempo que me concentré en mi papel de trazador.

Y pincelé con la mente:

*Sol de oro. Cálido despertar. Brumas de*

*arena se levantan al ritmo de pies callosos y oscuros que les llevan a su destino. Su destino, yo, yace sentado a la sombra de la acacia y de su nave estelar azabache que les da la bienvenida en la distancia con su forma ovoide primordial e inaccesible. La presa de energía tiembla en mi mente anhelante, sincronizándose con los anhelos de los que se aproximan, preparándose para liberar los pinceles cósmicos de marfil divino, y los colores de loto que dibujarán a sus dioses. Mi viaje termina. Nuevos mitos comienzan.*

---

## Estela

---

Por Miguel Díaz Fernández

**Del alma.**

**A los dioses subterráneos.**

\*

**Surge de las aguas del abismo. Un fragmento terrestre. Luz.**

**¿El miedo te paraliza? ¿Te aleja?**

**¿El dolor y la alegría son tus mejores enseñanzas?**

**¿Has querido salvarte? ¿Es la agonía tu virtud?**

\*

**El viento alcanza la montaña.**

**La hierba ahora umbría. Ahora soleada.**

**¿Dónde hallaré la muerte? ¿Y qué es morir?**

\*

**Te pertenezco. ¿Acaso temo mis sueños? ¿O temo soñar?**

**De entre el día; de entre la noche.**

**Tu despertar invade costas en tinieblas.**

**Un manantial se cobra víctimas de nieve.**

**¿El terror inflama el agua helada del firmamento? ¿Forma parte del amor?**



© Frizins



---

---

## Ciudades Paralelas

---

Por Miguel Díaz Fernández

Aquella sublime noche primaveral de los idus de marzo, yo, Orfeo, esperaba a Prosérpina ante una clepsidra monoiónica, como si, para hacer evidente el paso del tiempo, el Aristóteles de un mundo claustrofóbico hubiera sido incapaz de imaginar un recurso narrativo más sutil que el de colocar un reloj (de dudosa virtud horaria por cierto, pues su muy alta sensibilidad se sometía a condiciones de baja precisión) frente al espectador.

Al *concubium* siguió la *intempesta nox*, y un Mercurio, de cabello erizado y (adiviné) un ala bordada en cada uno de los lados de las botas que supuse que calzaba, depositó , sobre la barra de madera de álamo, una botella..., y el disco de metal, ¿La moneda infernal?, que la había cegado:

*Cumas-Cola*

pude leer escrito sobre el fondo rojo Marte de una de sus caras.

BUSCA M, S  
985412321  
N3P5

leí en la otra..., con dificultad. El dictamen parece irradiar del corazón de una estrella!

\*

Esta bella tarde, *de meridie*, invernal de los idus de mayo, yo, Orfeo, pienso en Diana al llegar a la puerta principal de la *insula* donde mis padres han alquilado un piso y, antes de que yo encuentre la tablilla transistorizada que he de insertar en la cerradura electrónica, una Sibila de melena alisada y (adivino) una piedrecita incordiando dentro de una de sus sandalias, abre la puerta desde dentro y me dice mientras sonrío:

"No busques más".

Y saltando sobre la acera se aleja a paso ligero, sin cojear.

---

## Isabel y María

---

Por Graciela Inés Lorenzo

### UNO

- , Majestad.
- , Dime.
- , Espero sus órdenes.
- , Entonces espera.

Isabel estaba realmente molesta. No le gustaba que le presionaran. Había heredado de su abuelo la amabilidad diestra, atrayente pero un poco falsa, y de su padre la soberbia brutal y el sentido de lo puramente inglés. Se creía a sí misma comedida y justa... merced a esas curiosas dotes de autosugestión comunes a las mujeres y a los príncipes. Era muy lista: se expresaba admirablemente; sabía encontrar el instrumento adecuado; permitía el libre juego de su instinto innato y sabía representar la actitud viril y heroica, el ademán magnánimo y ecuánime de tan excelente modo, que aun para sus más allegados parecían auténticos.

Pensó:

, Qué molesto es este Rathbourne. Soy quien soy y no tengo un minuto para mí misma. Se han puesto de acuerdo en deshacerse de las Lion y ya no encuentro cómo detenerlos. Expreso la voluntad de quedarme con ellas y objetan; enmudezco y objetan. No debería llamarse „la corte real%osino „la corte de objetantes%, sonrió, sin quererlo. Sir Rathbourne malinterpretó el gesto y se adelantó.

, Afortunadamente Su Graciosa Majestad ha decidido, al fin. Si lo desea, me haré cargo de los detalles.

Isabel giró su cabeza lentamente hasta enfocar los ojos del caballero. La fuerza de la mirada le hizo retroceder, sorprendido aunque debería estar acostumbrado a sus cambios de humor. Cuando la furia llenó el rostro de Isabel, bajó la cabeza e inclinó el torso ante ella.

, Dije espera... afuera. Si te necesito haré que te busquen.

Cuando estuvo sola caminó hasta su cama y se desplomó. Al instante vio la sombra de Lake cruzar hasta la puerta principal, cerrarla, -silenciosa como siempre- y entonces acercarse al lecho. Le

gustaba quedarse muy quieta -sobre todo cuando la ausencia de dolores le permitía relajarse- y probar cuánto tiempo esperaba sin hacer un solo sonido. Y siempre se cansó ella antes que Lake.

, Acabo de lanzar fuera a Sir Rathbourne; me pidió, casi exigió una decisión respecto de vuestro destino.

, Señora, si es necesario... tenemos familia y podemos partir.

, ¿Planeáis abandonarme? ¿También vosotras?

Angustiada, se apoyó sobre los codos para izar el torso y mirar el rostro de la mujer. Lake, rápidamente, respondió:

, Majestad, Majestad, ni lo imaginéis. Nada más alejado de nuestras intenciones. He cometido la torpeza de sugerir a Su Gracia una solución sin darme cuenta, en mi negra ignorancia, que estaba provocando un nuevo problema. Perdóneme, se lo suplico.

Mientras hablaba en un acongojado susurro, Lake bajó la cabeza, y doblando una pierna se inclinó, quedando de rodillas, las manos juntas sobre el pecho. La cofia, blanca y orlada con un simple listón de encaje irlandés, cubría el cabello y ahora vibraba, repitiendo el temblor que recorría su cuerpo entero.

, Deja eso. Ayúdame con estas ropas, y avisa que no recibiré a nadie más por hoy.

Lake se incorporó y fue hasta la pequeña puerta lateral; sin apenas entrar hizo una señal a Astrid, regresando inmediatamente con su señora, la reina Isabel I de Inglaterra.

### DOS

Las cabezas cubiertas de las tres hermanas se destacaban en el cuarto penumbroso, que parecía contener más mobiliario que el necesario, grande, oscuro y pesado. Sentadas y vestidas con ropas simples y severas, casi monacales, estaban concentradas en sus labores a la luz de velas que con sus llamas quietas creaban una bruma clara pero imprecisa alrededor de las mujeres. Solamente sus manos se movían continuamente.

---

, Hoy llegó un mensajero desde el oeste. Hay noticias de nuestra familia , dijo Astrid.

Sin levantar los ojos de su labor Lake preguntó: , ¿Fue Thannat?

, Falleció y fue inhumado con honores en la Erebor Chappel.

Clovis dejó su labor sobre la falda de su vestido; suspiró, sacó un diminuto pañuelo del bolsillo del delantal y enjugó un par de tímidas lágrimas que comenzaban a correr por sus hundidas mejillas.

, ¿Fue Innocent?

, Sigue inconsciente. Según el mensajero, nuestra hermana menor Thea no se separa de su lado.

, ¿Trajo alguna otra noticia? ¿Cuándo partirá?

, Las noticias restantes no son noticias. Nuestras hermanas Irene y Dictus siguen teniendo hijos, para gozo de las aves del jardín de Erebo, y nuestra tía, nuestra bienamada tía, ha vuelto a casarse, esta vez con el conde de Earthwillshire.

, Podremos visitarles y sumarnos a la cosecha , replicó Lake en tono burlón.

, ¿Cosecha? No comprendo la ironía , dijo Clovis, levantando el rostro y mirando a su hermana. Lake siguió con su labor como si no hubiese escuchado nada.

, El condado de Earthwillshire es uno de reciente creación; un capricho de nuestra señora. Le ha concedido título de terrateniente en jerarquía de conde a un hortelano que consiguió cosechar las patatas del tamaño y sabor que Su Majestad prefiere. No te distraigas, prosigue tu labor. Y el mensajero parte en tres días.

El silencio regresó a la habitación donde las llamas de las velas se consumían para iluminar tan sólo una bruma ligera sobre las cabezas de las mujeres.

## TRES

Un jadeo, un resoplido y el ruido de cuatro patas sobre el piso de la entrada anticiparon el arribo de Sir Rathbourne a la casa. Su fiel asistente Cantor le recibió con energía, con vigor, con alegría. Era el único que dominaba a Rebus, ese enorme dogo negro, hijo del hijo del hijo... bien, haciendo memoria siempre ha habido un Rebus en la casa. Y recordando un poco más, también un Cantor.

, Vendrán los de costumbre. Y nos

quedaremos en el salón de fumar.

El mayordomo inclinó su cabeza, asintiendo, mientras terminaba de hacerse cargo del capote, sombrero, bastón y botas de su señor, sin omitir su moño. Salió rumbo a las dependencias de servicio para asegurarse de que todo estuviera dispuesto convenientemente.

Sir Rathbourne se dejó caer en su sillón favorito. Allí, a la mano, estaban sus pipas y el tabaco. A su izquierda, el tirador que repicaba la campana en la segunda antesala, o sea, el llamador de Cantor.

Lo miró; un simple listón de paño fuerte de orillas adornadas con hilos dorados y que se perdía allá arriba, en la moldura del artesonado del techo. Cerca de su mano, una borla mecida por la leve corriente de aire caliente que venía desde el hogar encendido era el extremo inferior. Antes de terminar, el escudo del Condado de Mathropshire, mostrando un dragón de tres cabezas comiéndose un par de ovejas negras.

Sonrió. Sabía que no existía ningún dragón en su territorio y que las extensas marismas imposibilitaban la cría de ganado. Comenzaba a levantar la mano hacia la borla cuando Cantor entró en el salón y se dispuso a preparar una bebida. Desde donde estaba se divisaba el jardín y el parque ralo que flanqueaba la avenida de entrada, y más allá alcanzaba a ver la casa del portero. El portón de rejas se abrió para permitir el ingreso a la propiedad de un par de coches de cuatro caballos, bamboleándose y dando barquinazos bajo la persistente garúa. Llevó la bebida a su señor, quien ya había encendido su primera pipa.

, Llegaron, milord.

, Hazte cargo, Cantor.

Se escucharon durante un buen rato exclamaciones, bufidos y forcejeos producidos por cinco bien alimentados señores y mientras realizaban los procedimientos de entrega de abrigos, capotes, bastones, sombreros y demás, los que Cantor y un ayudante de cámara recibían solícitamente.

Saludos cordiales y algunos ademanes medidos indicaron que ya estaban dentro del salón de fumar.

, Bienvenidos, caballeros.

, Buena noche. Se acopla a mis intenciones , dijo uno de los recién llegados al tiempo que se acomodaba en un enorme sillón de cuatro cuerpos.

---

Una vez todos sentados, con sus pipas en funcionamiento y sus bebidas a la mano, servidas por un Cantor ubicuo y desaparecido, Sir Rathbourne dijo:

, Comencemos. Las hermanas Lion , miró a sus visitantes, uno por uno. ¿Podría lograr algo de ellos? ¿Con ellos?

Inglaterra había alcanzando madurez. La reina trabajaba comedida y tenazmente con el Parlamento. La aristocracia tradicional, las ciudades y los puritanos, representaban la oposición frente a la alianza entre la Corona y la alta Iglesia anglicana.

Cuando rastrearon la historia de la familia Lion hacia sus orígenes no fue posible determinarlo, ya que debía aceptarse uno de estos dos hechos como viables. El primero, que ya existía un Lion antes del primer habitante; el segundo, que el primer habitante era un Lion.

Esto revolvió las tripas de los reunidos en el salón de fumar y que se tomaron el trabajo de buscar algún estigma en el pasado familiar sobre el cual fundamentar la necesidad de expulsarlas de la corte.

En segunda instancia rastrearon el descendiente de algún bastardo con la intención de sustentarle en sus reclamaciones patrimoniales. En vano fue. Cada vez que se encontraba un registro de la familia Lion aparecía con la misma forma: tres hermanas lejos de casa y una más. Algunos tíos, y una siempre viva madre y un siempre muerto padre. Pero de hijos... nada.

En algún documento confeccionado durante uno de los censos romanos quedó registrada la existencia de seis y no de cuatro hermanas, y dos de ellas pudieron ser identificadas como casadas. Pero luego las pistas de esas ramas de la familia Lion se perdieron, quedando lo de siempre: tres hermanas, y una más que acompañaba a su madre.

Descartadas las posibilidades de librarse de ellas por las vías legales, hoy se reunieron para decidir una acción: el asesinato.

¿Y qué tenía frente a sí? Abdington, un obispo resentido, más puritano que católico, al que se le habían retirado los fueros y las propiedades por haberse opuesto a las decisiones de Isabel. Roajes, miembro bastardo de la familia Estuardo, quien se titulaba representante de los intereses de los herederos de María y la mano vengadora de la injusticia. Mortindors fue almirante; ahora era un anciano sin barco y sin flota, desplazado por el brillante y despiadado Drake, proveedor de las arcas

reales y combatiente de los enemigos de la iglesia anglicana. Feroli, falso primo del Duque de Parma y sobreviviente -vaya uno a saber cómo- de la Gran Armada, ya estaba viejo y chocho. Y Leicester, el favorito de Su Majestad, inclinado al afecto de los varones, estaba deseoso de desprenderse de las atenciones insoportables de la reina.

La situación general no era buena; pero estaba cambiando, para mejorar. La pobreza y el limosneo aparecieron como consecuencia de la disolución de las Ordenes de Caridad, de origen católico. Pero una aguda decisión de Isabel había revertido el problema. Instituyó medios para que jueces de paz y curadores de indigentes actuaran en las parroquias. Con la Biblia y el devocionario se formó una generación nueva. Párrocos y maestros de escuela fueron los más eficaces instrumentos de la propaganda protestante. Toda la actividad de artes y oficios recibía normas, organización y encargos de las autoridades.

Y ahora ya no sabía cómo deshacerse de las Lion. Si hubiera actuado antes, cuando lo de María...

## CUATRO

Isabel se sentía molesta. La tarea de gobernar le fascinó, desde niña. Pero las intrigas permanentes le obligaban a estar alerta, y ya no lo disfrutaba.

El imperio creció de punta a punta del maldito mundo. Para ello tuvo la buena idea de combinar las necesidades de fondos reales con el combate contra el enemigo común: lo católicos.

Pero en el imperio de su corazón, donde erigió un trono para un solo hombre, no tenía dueño. ¿Resentida? Si miraba las mujeres de su edad solamente veía obesas y mediocres abuelas, mal vestidas y mal atendidas por obesos y mediocres esposos, interesados en las cotizaciones de la Bolsa, o en perseguir jóvenes doncellas.

No deseó jamás esta vejez. Pero el recuerdo de su infancia, incomprensible entonces y aborrecible ahora, le daba energía para seguir adelante; para no darse por vencida, para no abdicar, para no tomar un par de vestidos, calzado, las Lion, y dar un portazo y un „no me volverán a ver%o

Si no lo hizo cuando lo de María... María Estuardo...

Era su adversario fatal: como mujer, como criatura, como reina... Era la bien nacida, la princesa

---

sin tacha, la heredera legítima del trono de Escocia, la reina de Francia por temprano enlace, la galanteada por el rendido homenaje varonil como joven viuda y no sólo por el fulgor de la diadema, sino por la delicia de sus encantos de mujer.

María era ardiente, suave, dulce, un poco salvaje, primitiva y algo estúpida. Sus arranques temperamentales, sus inextricables embustes y sus graves y oscuras culpas, le hacían muy parecida a Isabel. Y también el hecho de estar segura de hacerse perdonar por el primer hombre que se le acercara. Pero contrastaba con ella en sus bodas y en el adulterio; en su avidez de placeres, en sus planes de traición, y fundamentalmente en su horrendo parricidio.

La ligereza de María, que era incapaz de corregir ningún daño provocado por ella misma, arrastró la monarquía escocesa al abismo del desprecio y la burla. Las contiendas tradicionales se convirtieron en vergonzosas luchas de partidos y de bandos familiares. Y en lugar de hacer frente a la situación huyó a Inglaterra, se vino hasta Isabel, a solicitar asilo.

Sólo podía considerarla prisionera. Y María encontró nuevos partidarios que defendieron sus derechos, incluso al trono de Inglaterra.

Todavía estaba presente en su memoria la cantidad de audiencias atendidas por ese motivo. Y no solamente escuchó a los miembros más notables de su corte; también se hicieron presentes enviados reales de España y de Francia, intercediendo por ella. En realidad, después de unas semanas estaba tan cansada que no se daba cuenta quién era el visitante de turno. Si no hubiese sido por las Lion, con su paciencia, con su presencia... Lake demostró ser una detallista redactora de cada una de las peticiones. Clovis fue su ayuda para la mejor interpretación de las consecuencias de cada propuesta. Astrid iba y volvía, redactando sus decisiones, y no podía asegurarlo- sospechaba que utilizaba algún recurso para que los más insistentes o comprometedores no regresaran jamás.

Y fueron ellas las que le ayudaron a buscar las razones para deshacerse de María, y sin tener que asumir la responsabilidad. La habilidad de las hermanas la protegía de los embates de los que aún quedaban rondando el trono, buscando cómo hacerle cometer un error.

Finalmente así pareció, como un acto en contra de su voluntad. La ejecución de la reina de Escocia, María Estuardo, fue la consecuencia de ser

considerada el más grave peligro para Inglaterra y el protestantismo. ¿Cómo podía eliminarse así a una soberana, a una mujer? A pesar de toda la tarea de exculpa previa ese acto hizo el efecto de una temeridad, de un agravio sin nombre, de un desafío sin par.

La muerte de un tirano había llegado a constituir una conocida teoría y frecuentemente una práctica confirmada en las Guerras de Religión. La ejecución de monarcas legítimos como medida de defensa de la libertad de la Fe y de la nación sería el legado de Isabel.

En el fondo de su viejo corazón rechazaba la culpa, pero la sentía. Y también comenzaba a sentir que permanecía en el trono porque las Lion lo habían querido. Pero estaba también lo de su enfermedad... ¿Qué haría lejos de sus medicinas?

## CINCO

Clovis se acercó a sus hermanas. Tenía una mirada extraña en sus ojos.

, Es el momento adecuado , les dijo.

Lake respondió, contrariada: , No lo es, no he llegado ni a la mitad de mi labor.

, Pues tendrás que apresurarte. Rathbourne ha planeado un asesinato, esta misma noche. Si nos quedamos sin hacer lo que se debe hacer Isabel correrá peligro. Es el momento adecuado.

Astrid permaneció en silencio, mirándolas alternadamente mientras hablaban. Levantó una mano. Sus hermanas supieron que estaba molesta, que ella era quien debía decidir cuándo llegaba el momento adecuado para actuar.

, Esta noche, los milores llegarán hasta aquí, buscándonos. Mientras un par de ellos habla con la reina, otros recorrerán las habitaciones. Nunca he tenido la ocasión de jugar en tan elevado nivel de tensión. Hermanas, estoy gozosa.

Lake y Clovis la miraron, asombradas. Pero vieron que se mostraba realmente contenta. Su naturaleza melancólica podía volverse violenta en algunas ocasiones, pero era la primera vez que la veían disfrutar de un placer a porvenir.

Cuando Sir Rathbourne arribó al palacio se le condujo a la pequeña antecámara del trono. Le acompañaba Leicester. Supusieron que estarían allí un buen rato mientras Isabel era acondicionada para recibirles. Pero grande fue su sorpresa cuando se abrió la doble puerta que permitía el acceso a la cámara del trono, pocos momentos después de haber llegado.

---

, Adelante , dijo una voz, y entraron. El plan había comenzado. Los otros tres ya estarían revisando las demás habitaciones y pasando a las otras hermanas Lion a degüello.

Sir Rathbourne hizo una caravana ante la reina, siendo imitado por Leicester.

, Dígame, caballero, ¿Qué motiva su decisión de importunar mi descanso a tan altas horas de la noche?

La mirada de Isabel no se despegaba de la cabeza descubierta del viejo conde, quien parecía haberse quedado congelado en esa posición.

El joven Leicester estiró una mano para llamarle la atención, pero al tocarlo el viejo se desplomó. Alarmado y nervioso intentó levantarlo. El ridículo afán del joven -de cuerpo esbelto y frágil- por enderezar la enorme figura del noble, cargado de ropas y obesidad, desparramado sobre el piso, movía a risa.

Y se escuchó una larga carcajada, seca y maligna. La reina y Leicester buscaron el origen y encontraron a Astrid transformada, pero también la sala del trono había cambiado.

Lake y Clovis mostraban sus rostros bañados en lágrimas, pero más allá vieron otras personas, animales, montes lejanos, y perspectivas anómalas, como si el lugar fuese un túnel y no una habitación.

Astrid se adelantó y tomando al conde por el cuello lo puso de pie. Tomó sus muñecas y con un solo movimiento violento elevó sus brazos, tanto que los pies se despegaron del piso y al soltarlo, quedó allí, suspendido.

Giró su mirada hacia Leicester; Isabel gimíó; Lake gimíó; Clovis suspiró.

, Callad. Tú preciosa princesa apestosa, envidiada por los hombres por lo que posees, y por las mujeres por lo que careces. Un castigo como tu enfermedad es suficiente para que sufras largo tiempo y no me interesa terminar con tu vida , sabiéndose dueña de la escena, Astrid prosiguió , . Estabas hambrienta de éxitos, de logros, de plenitud. Has exigido homenajes, te entregaste al juego sensual, te ha complacido atraer hombres elegantes y rechazarlos luego por cualquier falta, real o ficticia, incluso aniquilarlos, celosa y feroz. Estabas ávida de atenciones pero manifestaste reiteradamente tu repulsión a ser poseída. Con la más roñosa mezquindad, nos escatimaste lo necesario; fuiste infiel a tu palabra y a tu opinión. Y por sobre todos estos atributos, endilgaste a los

demás los desaciertos y te apropiaste siempre de los triunfos. Pero vivirás.

Miró a Leicester, quien instintivamente buscó dónde esconderse.

, Tú, bastardo hijo de bastardo; tu padre verdadero fue un hortelano y no te ha reconocido; y tu padre putativo es un bastardo sin haberlo sabido. Imbécil. Isabel espera tus atenciones mientras te solazas en prácticas sodomitas. Espera y verás, hay una sorpresa para ti.

El tono de la risa de Astrid se elevaba, y el volumen. Mirando hacia la puerta dijo:

, Entrad, vosotros asesinos inútiles, ciegos al mediodía; pasad y mirad.

En desordenado tropel, y como empujados por manos invisibles, entraron a la sala. Los tres hombres, sudorosos y aterrorizados, miraban el cuerpo suspendido de Rathbourne.

, Tirad las armas, ya , dijo Astrid, y una buena cantidad de puñales cayó de sus ropas, corriendo por el piso hasta sus pies , ¿Qué tenemos aquí? ¿Qué hermosa daga! ¿No crees, Isabel? Tómala, que ya jugarás con ella.

Actuando como una autómatas, la reina tomó la pequeña joya de mango muy elaborado y la miró, extasiada, durante un largo rato.

Astrid llamó: , Caronte, ven.

Los hombres, sin poder hablar, vieron al fiel Cantor, y al negro perro Rebus ·¿Con tres cabezas?- aproximarse. Entonces la mujer extendió su brazo hacia Lake, quien puso en su mano un enorme ovillo de hilos de oro. Una tijera centelleó, castigando los muros con lanzas de luz, y cortó el extremo; al tiempo que el cuerpo de Sir Rathbourne caía, como un muñeco desarticulado, el dorado ovillo se desgranaba en manos de Astrid.

, Pasa tú, el que propuso violar a Clovis antes de asesinarla. Adelántate, no seas tímido, que tu deseo será cumplido.

Astrid tomó una espada corta y de puño enojado que estaba a sus pies y la entregó a su hermana.

, Es tu oportunidad , le dijo. Clovis retrocedió , . No te he pedido jamás que hagas hilos del aire, que fabriques vidas de ilusiones, que construyas un futuro con vanas esperanzas humanas. No puedes obligarme a cortar.

Astrid le lanzó una mirada de soslayo, con pena. Lanzó una nueva carcajada estruendosa, y con un gesto simple, levantó al frustrado ultrajador en el aire. Mortindors fue un marino desde joven y como

---

tal vio mundo, pero el panorama que tenía ante sí no se parecía a ninguno de los paisajes visitados. Una larga fila de dolientes mujeres, cadavéricas y con las ropas deshechas y una espada en las manos, se acercaba. Cada una de ellas le evocaba algún recuerdo; pero al mirar la cara de cada una buscando reconocerla, sólo encontró un único rostro. Y el pánico comenzó a llenarle las carnes, los huesos, los sentidos. Y la caravana de espadas cruzó su figura, y sintió una y otra vez el corte, la pérdida de un trozo de su cuerpo, la sangre fluyendo en catarata, y el dolor... y el nuevo corte que llegaba...

Moviendo su brazo como el ala de una enorme águila, Astrid tomó un ovillo de oro de la mano de Clovis y con su espada cortó el hilo. El esqueleto sanguinolento del marino, cayó, desarmado.

Abdington se puso verde, luego violeta y comenzó boquear. Astrid se apropió de otro ovillo y, acercándose al obeso cura, comenzó a jugar, pasándolo de mano en mano. , Viejo santón hipócrita, tú sí que sabes quién soy, ¿Verdad?, , le preguntó, mientras seguía jugando. Cada salto de la bola dorada golpeaba el corazón del clérigo; un salto, un latido, otro salto, otro latido; hasta que Astrid no lo movió más. Y lanzándolo por encima de su cabeza flotó como un sol; giraba en un punto, allá arriba, en el aire, bañando con su fuerte luz el rostro del hombre que no dejaba de mirarlo.

, Hereje, , le gritó Astrid, tu vida depende del Ser Supremo, no de esa bola de hilos dorados, ¿Caso ya no recuerdas? , Y con una carcajada y su tijera en la mano se elevó hasta la bola dorada y de un solo tajo la partió en dos.

Abdington también se partió en dos, cayendo como fetas de carne a ambos lados. Roajes y Feroli, en un solo aullido de pavor, se evacuaron encima, en tal cantidad que resbalaban una y otra vez, hasta que no pudieron volver a ponerse de pie.

Astrid tomó dos ovillos y se acercó.

, Diantre, caballeros, ¿qué falta de educación! Os habéis defecado delante de Su Majestad. Ahora deberéis comerlo , Y los falsos

nobles comenzaron a comer su propio excremento, con los ojos cerrados y sollozando , . Detesto la cobardía, ¿que se termine de una buena vez! , Y cortó los dos ovillos.

## SEIS

Las tres hermanas se acercaron a Isabel. Estaba ausente; aún observaba la preciosa daga. Le ayudaron a ponerse de pie.

La reina las miró; creyó desconocerlas. ¿Caso eran sus amigas, las únicas que le habían acompañado en malas épocas y apoyado en difíciles decisiones?

, ¿Quiénes sois?

, Mi nombre es , tropos; ella es Laquesis, y la otra Cloto. Pero esos nombres no te dirán nada. Mira, ya Caronte se ha hecho cargo de los despojos y la habitación ha vuelto a ser tu cámara del trono.

, ¿Qué queréis de mí?

, Nada más que lo tomado. Pero hemos preparado un regalo especial para ti. Leicester ha sido un infeliz. Conociendo vuestra debilidad por él la ha empleado en vuestra contra. Está a tu disposición para lo que desees. Y si necesitas ayuda no nos busques, que nuestra misión en tu tiempo he terminado; pero nuestra prima Némesis te ayudará.

, tropos miró a sus hermanas y juntas se diluyeron en el aire.

En la sala quedaron Isabel y el bastardo. La reina sintió un millón de años entrando en su cuerpo y la frustración de toda una vida la llenó de angustia. Se acercó lentamente al hombre. Mirándolo detenidamente, arriba y abajo, y alrededor. El traje que lo cubría era delicado, precioso, gracioso, casi femenino. Los bordados, los volantes, el moño, el color... y ¿Para qué? Para agradar a los hombres. A los hombres... y quiso terminar la obra que tenía frente a sí. Pensó cómo hacer para que ese infeliz estuviese desnudo, y no terminó de pensarlo cuando lo tenía así, delante de ella.

Y comenzó a reír, porque sabía que la sorpresa que las Lion habían preparado para ella estaba a punto de cumplirse.

---

## Inmensidad, frío...

---

J. Alexander Padrón

Inmensidad, frío. En el firmamento rondan entidades negras, solas pero ya no tristes. Son bestias de alma perdida y al acecho, aguardando sumergidas en un océano de siglos.

Algo se mueve. Algo desgarrar el velo de las estrellas, y por primera vez en tanto tiempo las sombras se revuelven y contemplan extasiadas. Es entonces, aunque aun no lo sabes, que comienza tu verdadero viaje...

Primero la luz estalló en mil pedazos, brillante, brillante, y luego quedas sin ojos. Te sientes diluir dentro de un campo de niebla lleno de agujijones, te pierdes en un relámpago para renacer en un trueno. Y mueres sin muerte. Flotas en un túnel vacío acercándote a la verdad que buscas. Emerges al fin en un instante- eón transformándote en un resplandeciente pulso de energía y conciencia pura, en forma de preguntas sin respuestas.

Atrás queda la bandeja forjada y grabada con ideogramas incomprensibles, junto a una caja de metal con el diario de un remoto antecesor. Tu estirpe la conservó siempre, sin saberlo, enterrada bajo las raíces del roble añoso donde te columpiabas de pequeño, escudriñando las estrellas, tratando de averiguar que se oculta tras su brillo. Sobre ella, sostenido por dos columnas de hierro, vibra el hilo de plata que une tu cuerpo en la tierra y tu alma en el firmamento mientras te proyectas al Astral.

No lo sabes, pero en los ideogramas esculpidos se lee:

*„Escucha nuestras voces y recuerda nuestras palabras. Tú, que caminas por los planos en busca de respuestas, tal vez encuentres la pregunta que nunca debes formular.”*

Sombras negras comienzan a oscurecer las estrellas en lo profundo de tu campo visual, pero estas demasiado deslumbrado para notarlas. Las entidades del Astral se acercan, cada vez más rápidamente.

*„Serás el Viajero, el que todos esperan y nadie recibe. Pues el Dios Ciego dio para nosotros la bendición del viaje y la perdición del recuerdo.”*

El cuerpo quedó atrás, inclinándose en rezo maquinal sobre la bandeja, musitando mientras tu alma se lanza y indaga y encuentra todas las respuestas que buscabas y otras que aún no llegas a comprender. Te detienes un instante y sientes vibrar el cordón plateado tras de ti, ves su estela ondulando fantasmalmente a tu espalda y te diriges otra vez a explorar esta inmensidad que huele a estrella y sabe a gas.

*„Tú que te adentras en un mundo, conoce que entre los soles moran, y devorarían planetas solo para que te pierdas, para que sientas la terrible soledad, el frío que cala, el Astral que nubla tu conciencia y quema tu destino.”*

El hilo de plata sobre la bandeja comienza a burbujear mientras las masas amorfas te rodean, te cercan. Tú viajas ciego a la amenaza, revolcándote en el conocimiento. Son cientos, miles, persiguiendo tu rastro.

*„Si no escuchas... pues a nuestros ojos ya estas perdido irremediamente...”*

La primera alerta te llega, mientras un espectro toca el cordón espiritual. Sientes miedo e intentas regresar, pero es tarde. Chocas con un mundo ilusorio desplegado ante ti, mientras el hilo hierve, se retuerce...

*“... en la oscuridad...”*

... gime, palpita, es retenido y perdido por las manos que ya no alcanzan a sostenerlo.

*“... en el frío...”*

Horrorizado arremetes. El cordón se rompe, al tiempo que una de las entidades se vuelve luminosa y es tragada por la grieta que has abierto en el velo de estrellas. Tu cuerpo ya no es tuyo. Rondas de un lado a otro buscando orientación, mientras te tornas tu también un negro fantasma.

El tiempo es todo para ti ahora. Para que lo sufras. Te debates en un frío mar de locura perdiendo siglo a siglo un trozo de tu humanidad. El conocimiento que antes perseguías te abrumba ahora que conoces la verdad suprema.

Es preferible vivir ignorante antes de saber todas las repuestas de esta forma.

---

Eres otra sombra, uno más, flotando en la nada. La tristeza, la desesperación, han pasado. Solo una idea te alienta: recuperar lo que antes fuiste, y olvidar. Volver. Volver. Volver. Te degradas, bestia sola en el firmamento, a acechar durante uno, diez, cien millones de centurias.

Un halo de electricidad recorre tu cuerpo amorfo. Una singularidad. El velo de estrellas se quiebra, y por la grieta emerge un pulso de energía, locamente danzante, con un hilo de plata por estela. Este es tu momento. Quema, quema el éter y devora planetas antes que tus compañeros de perdición se adueñan de tu oportunidad de regresar a casa. Sé el predador de tu propia salvación.

Con la violencia de una nova te ciñes al cordón, y aunque lamentas en tu fuero interno el

grito de agonía de quien dejas atrás: tienes que hacerlo y lo haces. No hay retorno ahora y retrocedes a la grieta en las estrellas.

Mueres en trueno y renaces en relámpago, te rematerializas en un campo de nieblas lleno de agujones y recobras tus ojos después de un brillante, brillante, destello de luz.

Has vuelto. Has vuelto. Ante ti yace la bandeja de las columnas cinceladas y el cordón espiritual. De un tirón arrancas la hebra y aplastas las columnas con la rabia contenida durante mil eones. Y entonces, solo entonces que has destruido la puerta de regreso al Astral, contemplas con horror tus manos, quien sabe si tentáculos, tal vez garras, quizás pseudópodos, a lo mejor tenazas...

---

## La Puerta Etrusca (II)

---

Por Jorge R. Ogdon

11.

El primer recorte que tomó pertenecía a la portada del *Corriere de Siena*, y rezaba:

GENDARMES DETIENEN A ENARDECIDOS „ORGI, STICOS%o

*Montepulciano, 8 de febrero de 1903. Sigue el escándalo en la villa de Montepulciano. A los hechos producidos a partir de la última Navidad en esa localidad toscana, se ha sumado ahora un nuevo horror. Una patrulla de Carabinieri que se desplazaba por las cercanías de la finca perteneciente al Conde Bruno Scarlatti –quien está en entredicho por las autoridades locales y a quien los pobladores responsabilizan por los acontecimientos-, se topó con un grupo de alienados, quienes estaban en plena orgía nefanda. A la voz de alto, impartida por el Sargento Claudio Bottabianca, los exaltados “orgiásticos” –nombre con el que ya se les conoce a estos degenerados– respondieron con un ataque frontal, a pesar de no portar arma alguna. Los Carabinieri se defendieron lo mejor posible, tratando, al principio, de evitar el uso de sus rifles, pero ante la exaltación histérica, y a que el ataque era feroz, no tuvieron más remedio que abrir fuego sobre el grupo de enloquecidos, matando e hiriendo a varios de ellos. Los supervivientes sólo pudieron ser detenidos recurriendo a cadenas de hierro. La Gendarmería no brindó precisiones sobre su destino. Se informó que unos pocos lograron huir internándose en los bosques linderos, adonde no fueron perseguidos por el gran temor que inspiraron lugares tan siniestros –ese fue el término empleado por algunos agentes del orden-, y que se vieron confirmados por este reportero al interrogar a ciertos lugareños, que han preferido el anonimato.*

*Algunos Carabinieri han confiado, sin ratificación oficial, que aquellas personas estaban completamente fuera de sí y que los habían agredido “a mordiscones, arañazos, patadas y con golpes de puño y con palos y piedras”. Uno de los gendarmes había recibido serias mordeduras, que*

*obligaron a internarle, con un aparente cuadro de rabia. Quizás alguno de esos locos padecía esa enfermedad, lo que no sería de extrañar entre campesinos que tienen perros de todas clases. Sea como fuere, es hora de que las autoridades nacionales tomen medidas más eficaces para refrenar la “locura orgiástica” que asola ese poblado y sus alrededores, y que parece extenderse, como una epidemia, a toda la región que le rodea. Y, ¿no es tiempo, también, de enfrentar al Conde Bruno Scarlatti con el peso de la Ley?*

Julio quedó azorado por la noticia. Revolvió entre los recortes y leyó otro, del *Giornale de Sant’ Albino* que decía:

NI LA MEDICINA PUEDE SALVAR A MONTEPULCIANO DE LA „FIEBRE ORGI, STICA%o

*Montepulciano, 15 de marzo de 1903. El fenómeno de demencia colectiva que azota la región de Siena ha conducido a las autoridades nacionales a enviar toda suerte de agentes del orden para imponerlo. Pero, entre los más recientes contingentes, se ha incluido un nutrido número de expertos médicos y especialistas en trastornos mentales, ya que la mayoría de los afectados padece, al parecer, algún tipo de enfermedad disociativa y degenerativa. Se dice que hasta los rasgos físicos de mucha gente ha sufrido transformaciones increíbles. Las últimas novedades acerca de estas tareas de medicina son bastante desalentadoras. Una entrevista con la máxima autoridad a cargo de la labor ha puesto al descubierto que en ningún caso se ha logrado revertir la sintomatología. Lo que es aun peor, varios médicos y asistentes han sido contagiados por la locura degenerativa y han tenido que ser trasladados, bajo fuerte custodia, al Hospital General de Enfermos Mentales de Roma, pues no se tienen todos los elementos necesarios ni el lugar físico para cuidarlos y retenerlos. El caso Montepulciano se está convirtiendo en un problema gravísimo y el gobierno está agotando la paciencia*

---

*del pueblo, que exige garantías ante la inseguridad que está generando todo este asunto. Por lo que podemos ver, estamos indefensos ante una “peste” que los líderes políticos parecen incapaces de contener.*

Julio arqueó las cejas. Nunca se hubiera imaginado que los „terribles hechos%de los que hablaba el Sr. Giovanni *realmente* hubieran ocurrido como lo sugirió, entre dientes, durante su breve charla. Tendría que conversar con él antes de continuar hacia *sus* tierras. Unas tierras que parecían arrastrar un recuerdo *temible*, a ras de las memorias de los pobladores de Montepulciano y, por lo que daban a entender ese par de noticias, de una amplia región de Siena. Pero, ¿Cuándo habían comenzado a aparecer las novedades acerca de lo que, a falta de mejor poder de síntesis, decidió llamar „el caso Scarlatti% Lo que ya llevaba leído del diario personal del Conde no permitía deducir ningún evento que pudiera tener relación con las espantosas cosas que se mencionaban en los periódicos de 1903, aunque sólo llevaba leídas las anotaciones de dos y medio „días%del manuscrito, y que databan de 1899. Buscó entre los demás recortes, tratando de apilarlos por año, y, por fin, se encontró con pilas para 1900 (enero y febrero); 1901 (enero, abril y diciembre); 1902 (enero, abril, agosto y diciembre); y 1903 (enero a noviembre).

Se dijo que, según los dos que ya había leído, 1903 había sido un año muy importante: primero, los eventos dignos de edición abarcaban casi todos sus meses, pero era el único que parecía detenerse *antes de diciembre*; segundo, que, por lo que intuía · y luego confirmó, leyendo otras notas· fue en noviembre de 1903 cuando el Conde *desapareció* de la escena y de los titulares. Le chocó haber usado la misma palabra que había usado Giovanni para referirse a tan misterioso acto: según su abuela, Scarlatti había sido „llevado por el Diablo *en persona%Desapareció*; y eso fue todo. No más Conde Scarlatti; no más Montepulciano en el escenario de los medios. Como si en aquella época, con la desaparición de su pariente, se hubiera conjurado „la peste%a la que se referían los expertos del sensacionalismo morboso. Julio sonrió: imaginaba cómo deben haber respirado aliviadas las autoridades cuando así, de sopetón, el „peligro nacional%*desapareció* · otra vez la palabra· como por *arte de magia*. Se quedó meditando, mientras encendía un cigarrillo. Se sirvió una gaseosa y tomó

un recorte de enero de 1900, el período más cercano a las entradas del diario de las que tenía conocimiento, que pertenecía a un líbello local independiente, llamado *Notizia dei Muti*, de por sí, una denominación muy curiosa, leyendo:

## EXTRAÑOS EVENTOS EN LA FINCA SCARLATTI.

2 Enero 1900. *Los labradores Giulio Arponte y Tulio Trivoli han declarado en la comisaría de la villa, y en presencia del Señor Comisario, los agentes de policía Hugo Beldotto y Pietro Gambela, y el Señor Alcalde, Don Massimo Menara, que desde hace dos o tres noches se están oyendo “extraños sonidos”, provenientes de la finca del Conde Bruno Scarlatti, así como que se ven “movimientos y sombras, aún más extraños”, que aparecen y desaparecen en los bosques del susodicho terrateniente. Inquiridos acerca de la naturaleza de dichos sonidos, ambos se refirieron a ellos en forma ambigua, sin poder precisar exactamente su origen o si era animal o humano. Tulio Trivoli adujo que, por momentos, parecía “aflautado”. Parece ser que el comisario y los agentes que escucharon el relato han descartado la veracidad del mismo, y, por el momento, se han limitado a asentar la denuncia de que, en la finca Scarlatti, hay “movimientos extraños, probablemente de animales salvajes”. El que suscribe ha tenido oportunidad de acceder al texto completo de la denuncia, y en ningún lugar se ha registrado algo sobre los “sonidos aflautados”. Si esto fuera verdad, sería interesante saber a que “flauta” podrían corresponder. Debiera preguntársele al Signore Conde, si no ha estado manteniendo alguna “velada cultural” en su casa, a las que ya nos tiene acostumbrados. No nos extrañaría que, en su ignorancia natural, estos labriegos incultos hayan confundido los sonos de Beethoven o Wagner con la “música de los ángeles”, y, dadas sus firmes creencias, medio católicas, medio “montañesas”, creyeran estar en presencia de alguna especie de “milagro”. Aunque se les vea, al decir de los testigos entrevistados, bastante atemorizados como para no sospechar un vago trasfondo folklórico, que tenga que ver con el “mundo de los espíritus” o los “fantasmas de los muertos”, temas tan caros a la sensibilidad campesina. Quizás alguno de estos nuevos “espiritistas” que nos invaden desde todos los puntos de Europa y allende el Océano Atlántico,*

---

*nos pueda dar la respuesta.*

La nota era muy breve y, nuevamente, dejaba a Julio flotando en un mar de incertidumbre. El 2 de enero era un día muy cercano al 24 de diciembre de 1899, que era el que tenía pendiente para terminar desde el parador, así que dedujo que sería muy conveniente volver sobre el manuscrito en ese mismo instante. Luego de encontrar el lugar en donde había abandonado su lectura, se apoltronó en un sillón pequeño, junto a una pequeña, pero coqueta, chimenea apagada, y leyó:

*Al menos, ahora el brazo esquelético tenía un nombre; ahora, al menos, era una persona. Fue un gran descubrimiento que nos satisfizo a todos, y propuse un brindis para festejarlo, al que nadie se rehusó.*

*Nos reunimos en la Sala Grande y formábamos un grupo de alegres compañeros. Obviamente, todo el mundo hablaba de los objetos y los túmulos. El Dr. Baumstumpen era de la opinión de seguir despejando el locus donde se efectuaron las exhumaciones, pero también de hacer otros “pozos de sondeo” en otras partes del mismo túmulo. Así, podríamos “atacar” el yacimiento desde distintos frentes y tendríamos, poco a poco, una idea más acabada del mismo. El Dr. Engrazzie, por el contrario, adujo si no era mejor seguir desde ese punto, al que debía considerarse el “centro”, aún cuando estuviera “a un lado”, del túmulo, y que era alrededor del mismo que debíamos extender nuestras excavaciones en forma de rayos de una rueda. La discusión pareció interminable, hasta hacerse la hora de cenar, momento en que decidí invitar a mis amigos al salón comedor, donde Garivotte y María ya habían dispuesto la mesa.*

Julio frunció el ceño en desconcierto. ¿Quiénes eran Garivotte y María? Inmediatamente, se dijo que, seguramente, eran mayordomo y sirvienta del Conde. Era cierto que no formaban parte del „círculo encantado” del terrateniente, tal como los „doctores” y „estudiantes”. Nuevos personajes de la historia „trágica” de su finca y su familia! Se preguntó si quedaría algún descendiente de ellos. Y fue entonces cuando le vino la imagen a la mente: ¿Estaría deshabitada la finca Scarlatti? O, por el contrario, ¿habría alguien esperando su llegada? No se le ocurrió nunca preguntar a los

abogados por este detalle, y ellos no parecieron considerarlo un dato imprescindible como para transmitírselo. „¿Qué cosa rara?” musitó con voz queda. Pero dejó el planteo y su resolución hasta la mañana, cuando vería con sus propios ojos si la finca estaba o no habitada por otras personas. *U otra persona.* La idea de estar a solas con un desconocido le provocaba más escalofríos que el pensar en varios labriegos y caseros de caras adustas. Después de todo, si había gente empleada allí, no tenía duda alguna de que serían *empleados* suyos,... *empleados del Conde.*

Retornó de sus divagaciones al manuscrito. Quería averiguar de su propia mano qué había pasado en Montepulciano y qué tenía que ver el Conde Scarlatti con ello.

*La cena estuvo deliciosa. Luego, según nuestra costumbre, nos reunimos en el Salón de Fumar, copas de vino o cognac, según los gustos, y puros en rieste, y, pasado un rato de charla ineludible sobre nuestros hallazgos, decidimos que era tiempo de descansar, así que cada cual fue conducido a su aposento por Garivotte o por María.*

*Ya en la soledad de mi cuarto, he escrito estas líneas. Estoy muy excitado ante la posibilidad de que este descubrimiento trascienda y me ponga en el centro del reconocimiento entre los etruscólogos. En fin, si mañana vienen los peones, podré ver con mis propios ojos si me equivoco o no.*

„Ver con mis propios ojos. Qué coincidencia, justo lo que pensaba hace un minuto” se le presentó a Julio ese detalle llamativo. Aquí terminaba la página, pero no el relato, que saltaba a la siguiente. Julio la buscó con ojos brillantes:

*Post Scriptum: Escribo estas líneas a las tres y treinta de la madrugada del día 25 de diciembre, pero debo considerar lo que transcribiré como una extensión de la Nochebuena. Como ya dije, luego de los festejos –algo formales y bastante alejados de la “familiaridad” que rodea a la Navidad– todos nos retiramos, entre “aligerados de cabeza” y cansados, a nuestros respectivos cuartos. Como me quedé escribiendo este diario, debo haberme dormido pasada una media hora de la Medianoche, sino algo más. No puedo decir si lo que ahora relataré ha sido un sueño o un hecho real; no puedo asegurarlo, y, por eso, lo asiento*

---

ahora mismo, que parezco haber regresado (?) a la realidad (?).

Me encontraba en el lugar del Túmulo Grande "A", exactamente en donde habíamos exhumado el anillo anónimo y el brazalete de Rathma Saltnei. Estaba de pie, bajo la luz fantasmagórica de la Luna, y tenía las joyas, una en cada mano, con las palmas vueltas hacia arriba, como si fueran cuencos. Recuerdo que no pensaba nada ni pronunciaba palabra alguna. Sólo estaba ahí, en esa postura, con esos objetos tan valiosos en las manos. No se cuánto me mantuve impertérrito a todo lo que no fuera mantenerme en ese estado: estaba en trance, como diría el buen Dr. Duval si estuviera aquí.

Julio pensó que ese tal Duval debía ser algún médico de confianza del Conde Scarlatti; quizás su „médico de cabecera” Sacudió los hombros con indiferencia y continuó leyendo:

..., como diría el buen Dr. Duval si estuviera aquí. Ha sido algo muy extravagante. Yo soy una persona sana, de mente y de cuerpo. Nunca me he entregado a los desvarios ni sufrido alucinaciones. Sin duda, ha sido un sueño, pero lo que me ha dejado preocupado es haberme “despertado” y haberme encontrado con los pies lastimados y sucios y la ropa de dormir igualmente manchada y, en parte, desgarrada; como si hubiera estado, efectivamente, deambulando por el campo. Por el Túmulo Grande "A".

Julio se mordió los labios, al tiempo que levantaba la vista del texto. ¿Fue el Conde Scarlatti un sonámbulo? O, ¿No sería que, dado el contexto de su época, y la abundante comida y el cansancio del día, pudiera haber tenido un sueño perturbado, una especie de pesadilla muy vívida, que luego tomara como casi real? Tenía que saberlo:

He ido a la Biblioteca. He buscado la edición de C.O. Thulin, Die etruskische Disciplin, de aquello que los romanos llamaron La Disciplina Etrusca. Estos libros rituales incluían el Liber Acheruntici, el “Libro de los Muertos” etrusco. Estoy deseoso por saber qué tipo de rito estaba realizando en mi sueño – si es que fue tal –, impelido por una fuerza que, por una desconocida razón, estaba llevándome a sentirme muy mal. Es como si algo no estuviera bien, como si hubiera

algo muy maligno en mi sueño..., en la ceremonia misma.

Julio notó que había un cambio en los trazos de la escritura a partir de este punto, como si el conde hubiera interrumpido su labor y la hubiera reasumido a posteriori:

He buscado algo en esta literatura de ultratumba. Son casi las cinco y cuarto. Mi vista está muy fatigada, pero no puedo dejar de releer, una y otra vez, estos pasajes difíciles y reveladores. Si lo que estos documentos malditos dicen es verdad, he hecho algo muy grave. Pero ahora, necesito descansar; necesitareé estar más lúcido cuando revise lo que he leído con las referencias históricas. Estoy embotado ya, pero, si la memoria no me falla, Tito Livio podría serme útil.

Julio se sintió decepcionado. El registro de la fecha terminaba allí y, encima, ahora aparecía este Tito Livio, que vaya uno a saber quién era. Se percató que era algo tarde y que debía seguir viaje hasta su destino final por la mañana temprano. Optó por abandonar su lectura, diciéndose que, una vez instalado en la finca, retomaría la tarea. Todo lo que había conseguido saber hasta el momento lo tenía entre perplejo y desconcertado, pero, a la vez, se sentía invadido por una sensación de inexplicable ansiedad por llegar a su propiedad.

Entre estos pensamientos postreros, Julio terminó por arrojarse entre las suaves sábanas de la cama y se quedó profundamente dormido.

## 12.

El resplandor del sol a través de las cortinas le despertó, con cálidos arrullos y trinos de avejillas posadas en los frondosos árboles que rodeaban el albergue. Julio remoloneó en la cama, mientras gozaba de los últimos instantes de sueño. Pensó que se sentía estupendamente. „He dormido como un tronco” se dijo con una sonrisa complaciente y sus ojos todavía cerrados.

Los abrió súbitamente y miró el reloj sobre la mesita de junto: eran las 7:45 a.m. „Hummm... qué temprano...” pensó por un instante, pero, de inmediato tomó conciencia de dónde y para qué estaba allí; fue como si le hubiera alcanzado un rayo: „Tengo mucho que hacer, arriba, Julito!”

Brincó como un resorte y en veinte

minutos estaba aseado y vestido, enfundando todo de nuevo en su lugar; juntó los papeles que habían quedado sobre el escritorio, los metió al tuntún en su bolso de mano, y, luego de echar una mirada alrededor de él, pronunció sentenciosamente: „Adiós, cuarto, has sido muy acogedor. Pero, ahora, me voy a casa...” para después cerrar la puerta tras de sí y dirigirse al mostrador de Don Giovanni. Por el corredor decidió no preguntarle nada y encaminarse sin demora hacia el solar familiar. Aquel le recibió con cierto respeto circunspecto, pero siempre con una sonrisa, entre sumisa y forzada; hizo los números, le cobró y le indicó dónde se encontraba el comedor, por si quería desayunar. Julio pagó, agradeció, se disculpó por no aceptar el ofrecimiento, diciendo: „Lo haré en mi casa... Aunque, bueno, haga que me preparen un par de emparedados de queso... Y una gaseosa fría. Gracias, Don Giovanni” ante la mirada un tanto azorada del posadero, y, luego de ver cumplido su pedido, salió fuera.

Al pararse ante la fachada del albergue, el aire matinal le llegó con toda su frescura; inhaló cerrando los ojos, para luego echar un vistazo al espectáculo que se extendía hasta perderse en el crisol del horizonte. De un lado, podrían verse las encrespadas laderas montañosas, erizadas de racimos boscosos de variadas tonalidades, que iban del verde oscuro al marrón dorado; del otro, interminables campos de girasoles que se prolongaban hacia serpenteantes valles y hondonadas umbrías. Era una vista impresionante y, en cierto modo, aún bajo el sol matinal, sobrecogedora, porque enseñaba al Hombre la grandeza impensable de la Naturaleza agreste.

Subiendo al auto, notó que las aves trinaban de manera inusual, como si estuvieran alteradas. Ya no era el mismo canto „angelical” de su despertar, sino un trino aflautado de rasgos paroxísticos. Cuando arrancó, vio por el espejo retrovisor al señor Giovanni, de pie ante la puerta de su establecimiento, persignándose repetidas veces, al tiempo que le veía alejarse.

„Pero qué tipo raro, este Giovanni” dijo para sus adentros, al tiempo que destapa la lata de gaseosa.

### 13.

Julio había detenido el automóvil ante una antigua y alta verja de hierro negro, enmohecido y

descascarado por las inclemencias del clima y el tiempo. Allí venía a morir el sendero de ripio, hosco y salvaje, que tuvo que tomar desde la ruta que partía de Montepulciano hasta esa intersección que se le unía en un punto vago de sus meandros montañosos, rodeados de una cada vez más abigarrada vegetación, salpicada de claros emergentes, a su vez plagados de rocas blancas y aplanadas, desiguales y, sin embargo, con un inconfundible aire de haber sido puestas adrede, ¿Por la Naturaleza?

Y, ahora, el gigantesco portal, que retiene toda su gloria pasada en su presente hostigado, aspecto que, sin embargo, delata su todavía latente poder para detenerle: un grueso e igualmente vetusto candado, de recia constitución, junto con una cadena de eslabones de respetable grosor, a pesar de su obvio origen remoto, son el sello que le impide transponerlo.

Su mirada sigue el sendero de ripio y piedra suelta, agrietado y reseco, que se pierde en una arboleda magnífica, que lo orilla y que parece indicarle, como la promesa de una novia, el tesoro que se encuentra detrás del prieto bosque que oculta de sus ojos a la finca Scarlatti, su casa. La ira de la impotencia le invade: impedido de llegar a su *lugar*; gira la cabeza, como buscando algún otro paso, pero unas rejas interminables se extienden a cada lado del portal, añosas como él mismo, atiborradas por una ligustrina impenetrable, con un ramaje enmarañado como en las láminas de los cuentos infantiles de miedo. Pronto se da cuenta de que cualquier intento de atravesar esa barrera de ramas y barras de hierro es impracticable. ¿Es que no había nadie que aguardara su llegada? ¿La llegada del *nuevo Conde*?

La voz profunda y clara le llegó de golpe, desde *todas partes* · o, al menos, así le sonó a Julio:-

-Bienvenido, *Signore Conde*. Lamento haberme retrasado, pero los peones están esquilando las ovejas y... bueno, siempre se presenta algo... Mil perdones.

Julio volvió su cabeza hacia la izquierda, y vio, parado del otro lado de la verja, a un hombre de unos 30 años, jovial, de ojos azules brillantes, cabello castaño claro y de media estatura. Vestía unos amplios pantalones de campo, color caqui, bastante sucios; lucía una camisa escocesa de cuadros negros y azules, encima, un chaleco de

cuero sin botones, abierto por delante y anudado por detrás. Calzaba gruesas botas de goma, negras, y remataba su cabeza con una algo ajustada boina de fieltro marrón. Tenía sus brazos pendiendo a lo largo del cuerpo, y a Julio le resultaron algo desproporcionados, un poco demasiado largos, en comparación con su estatura y complexión.

-*Chiao...* No sé *quién* eres, todavía, pero agradezco a Dios que hayas aparecido en este momento. ¿No sabía cómo iba a hacer para pasar esta puerta! · exclamó Julio, extrañamente aliviado de ver al extraño.

-*Signore Conde*, mi nombre es Vífido, y soy el mayordomo de su propiedad. Digamos que, en cierta forma, soy su servidor.

-¿Vífido? Nunca había oído tal nombre, ¿Es toscano?

-Es toscano, por cierto, *Signore Conde*, puramente toscano.

-¿Significa algo? Digo, como Jorge, que quiere decir „El Labrador”

-Lo ignoro, *Signore Conde*; sólo soy un humilde campesino iletrado. Pero usted... Usted es un *erudito*, *Signore Conde*, y sabrá de esas cosas más que yo, sin duda.

-¿En erudito? Te confundes, Vípero. Se algunas cosas aburridas, contables, administrativas, si a eso te refieres con „eruditas” pero, no, te equivocas.

-Vípero no se equivoca, *Signore Conde*. El *conocimiento* está en la sangre Scarlatti. Está en usted, *Signore Conde*.

-Gracias, Vípero, pero, ahora, ¿Qué tal si abres la reja y me dejas pasar?

-Oh... Sí, *Signore Conde*, sí. Lo siento, lo siento mucho.

-Está bien, Vípero, no es para tanto espanto.

-Si usted lo dice, *Signore Conde*.

-Vípero.

-¿Sí, *Signore Conde*?

-Deja de decirme *Signore Conde* a cada momento. *Sé quien soy*, ¿Me entendiste bien? · le dijo Julio, en tanto le miraba fijamente a los ojos -, yo sé quién soy.

Vípero guardó silencio, y se limitó a insertar una pesada llave, que pendía de su cinturón, en la cerradura del candado; la giró y tomó una de las inmensas hojas del portal y empezó a abrirla, sin

decir palabra alguna. Luego, hizo lo propio con la otra hoja. Al finalizar la tarea, se paró con sus largos brazos pegados al cuerpo a un lado de la misma e hizo un gesto de invitación con la cabeza a Julio para que entrara.

Julio subió al coche y lo puso en marcha, adentrándose por el sendero pedregoso, entre tumbos que le obligaron a moderar su avance. Pasó junto a Vípero y le dijo:

-Vamos, Vípero, sube. No pensarás dejarme ir adelante.

-No, no, *Signore Conde*, perdón, es la costumbre familiar, ¿Eh?

-¿La costumbre familiar?

-Sí. Mi familia ha servido a la suya desde que se fundara su linaje, hace ya muchos, muchos años, *Signore*. No corresponde que suba con usted.

-¿Muchos años? ¿Sus antepasados sirvieron al Conde Bruno Scarlatti?

-Oh, sí, *Signore*, y a los anteriores Scarlatti, también.

-¿Los anteriores Scarlatti? ¿Quiénes? ¿Sus padres?

-Y sus abuelos y bisabuelos y... bueno, ya ni se nombrarlos, *Signore*.

-¿Y dices que tu familia acompañó a los Scarlatti por centurias?

-Centurias, y me atrevería a decir desde que el Mundo ha existido.

-Y dime, Vípero. ¿Tu abuelo o tu padre se llamaba „Garivotte”

-Dios me asista, *Signore Conde*! Esa gente espero que se esté pudriendo en el infierno, que es de donde vinieron...

-¿Qué dices, Vípero? De acuerdo al diario del Conde Scarlatti, Garivotte era su mayordomo.

-Su demonio, querrá decir, *Signore*, y con todo el respeto que usted me merece, *Signore*. No quiero hablar de cosas que todavía nos erizan la piel a quienes tenemos que seguir trabajando y viviendo en esta finca.

Julio frenó en seco, abrió bruscamente la portezuela del auto, saltó de él y tomó a Vípero por las solapas, al tiempo que le encaraba de mal modo, diciéndole:

-¡Maldición, Vípero! ¿Lo que tú tengas ganas a mi me importa un bledo! ¿Soy tu amo, ¿Entiendes, pequeño hombrecito?!... Demonios.

---

¡Ahora! Dímelo todo, ¡dímelo o te golpeo!

-Siiii..... sisiii, *sii, sis, signore*, por favor, lo siento, lo siento muchísimo, no quise...

-¡Y dale con lo que quieres! ¡Dime a mí lo que yo quiero!

-Sí, sí, *Signore Con..., signore*, ya, ya le diré todo lo que quiere saber, sólo suélteme la chaqueta, por favor, ¿sí?

Julio miró en dirección a la villa; fue como un gesto inconsciente o instintivo. Oyó el trinar enardecido de las aves. Otra vez ese canto aflautado e histérico. Soltó a Vípero.

-La verdad es que sí soy descendiente de Garivotte, pero juré no ser como él. Me ha costado mucho lograrlo, *Signore*. Ooh, usted quizás no lo sepa, viene del otro lado del mundo; nunca ha estado en estas tierras. Quizás no esté *contaminado*.

-¿Contaminado?!

-Es una forma de decir, es como una *enfermedad* o una *maldición*, ¿Eh? Todos los Scarlatti, desde tiempos inmemoriales, han estado ligados a cosas espantosas, la comarca lo sabe muy bien; todos lo saben muy bien. Hay algo demasiado malo en esta tierra maldita, en su familia, que también está maldita... Y mi familia también...

-¿Mi familia, maldita? ¿Y la tuya también? ¡Déjate de pavadas, hombre! Los Scarlatti han sido *señores, nobles* en esta tierra y lo seguirán siendo, ¿Entiendes? Para eso estoy aquí. Que malditos, decís. Sos un bobalicón, maldito campesino bruto. Así que descendiente de Garivotte. Mira, no conozco mucho de él todavía, pero parece haber sido un fiel sirviente de mi ancestro. Es mejor que tú seas un fiel reflejo suyo.

Julio montó nuevamente en el vehículo y, esta vez, aceleró, dejando a Vípero de a pie.

14.

Cuando torció el último recodo del sendero, pudo contemplar la *Villa Scarlatti* en toda su dimensión. Le impresionó mucho más de lo que se había imaginado, quizás por el influjo de la febril ansiedad que le atraía hacia ella. Era, aún en su dejadez, una verdadera *villa romana*, de aquellas que se construyeron mucho hacia fines del siglo XIX. No era, por lo tanto, un solar *tan* antiguo como lo había supuesto en sus divagaciones; y,

ciertamente, no tan viejo como para encajar con las historias que le acababa de contar Vípero sobre su *familia* y la de él mismo: „Que hace *siglos* que la suya sirve a la mía... Que se ha *vuelto bueno*... Pero qué de sandeces!%oiba rumiando en su cabeza, a la vez que tomaba conciencia de que el sendero pedregoso y agrietado se había convertido, en algún momento del trayecto, en una avenida de bloques de piedra granítica, negra y pulida, como una especie de empedrado arcaico, que le recordó las *vias* romanas, esas carreteras que unían los distintos puntos del Imperio en tiempos de los Césares.

La misma terminaba frente a un amplio y abrumador parque frontal, amplio y rico en vegetación: árboles de altas copas y añosos troncos, abigarrados setos, arbustos y multicolores composiciones florales, entre medio de un crecido pastizal. Acullí y acullá, reconoció las figuras espectralmente blancas de no menos de 7 u 8 estatuas de estilo helenístico o clásico, entre las que notó la del dios Mercurio, con su característico sombrero alado, extendiendo su brazo izquierdo y apuntando con su dedo índice, en un gesto de llamado que, en ese instante, le produjo un ligero escalofrío, porque el divino dedo le apuntaba directamente. Distrajo su vista y vio que otras dos o tres estatuas parecían representaciones de notables romanos, casi de estilo *imperator*, y no pudo dejar de especular si los Scarlatti no retrotraerían su antigüedad a la de la misma Roma de Julio César. No le pareció nada imposible, aunque sí un dato „biográfico%significativo que merecía ser indagado.

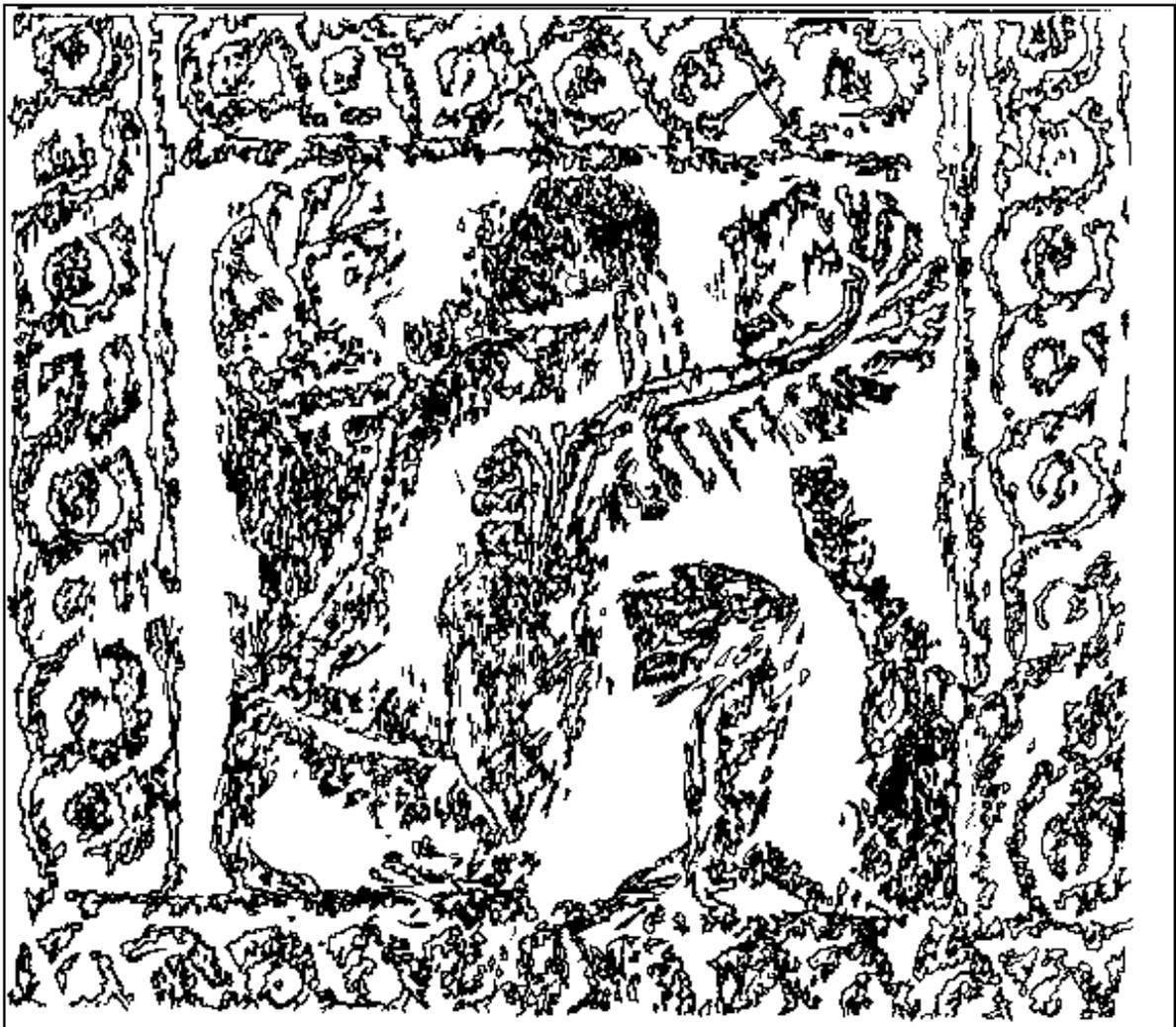
La fachada de la casa era típica de las construcciones de los campos semi montañosos de la región donde se emplazaba. Las habitaciones y recintos de la servidumbre, que incluían la cocina, el almacén y sus cuartos de dormir, se encontraban al nivel del piso; sobre el lado izquierdo de la casa, estaba el sitio donde antaño se guardaba el cuarraje, y, justo enfrente de él, estaban los establos, o lo que, algún día, debe haber fungido tal papel. Junto a ellos, una arruinada casa de pequeñas dimensiones, seguramente debió servir de guardatrastos o almacén de herramientas, o, incluso, de habitación para los cuidadores de la caballeriza. Una enorme escalera de mármol blanco pulido se ubicaba en el centro mismo del edificio principal, con barandas de hierro forjado negro, que conducía a la auténtica residencia señorial, situada por encima de las dependencias descriptas: el frente consistía en una galería encolumnada, al centro y sobre los

extremos, con cuatro altas y gruesas columnas de estilo corintio romano de caulículos bastante simples, sin demasiadas volutas ni acantos. Los arquivoltas no portaban friso alguno, pero sostenían una acrotera etrusca, igualmente lisa y sin decoración. Una baranda de hierro forjado negro unía el cuarteto de soportes, y, en cada espacio entre columnas, había dispuesta una columna pequeña, del mismo estilo que las grandes, centrada y sosteniendo una cratera de dos asas con un arreglo vegetal o floral, muchos de los cuales lucían marchitos por la falta de agua y cuidado. Del techo de la galería, y alineadas en el eje de las crateras, pendían sendas linternas de hierro negro y cristal de estilo francés, al parecer, cuyos interiores estaban vacíos de todo elemento para alumbrar.

Julio acercó el auto hasta donde la avenida se lo permitió, pues más allá comenzaba el parque,

y, por lo que podía ver, aquella se continuaba con un ancho camino de baldosa amarillenta, en cuyo centro y algo más adelante, pudo notar un *parterre* de grandes dimensiones, donde todavía crecía un mustio pasto verde-grisáceo.

Se apeó del vehículo y echó una mirada hacia atrás. No vio a Vípero en el camino. Seguramente tardaría un rato en llegar. Y seguramente él tenía *la llave de su casa*. No se quedaría parado allí para esperarle. Se sintió impulsado a indagar por el parque. Le llamaban la atención las estatuas, pero más todavía algo, brillante y esférico, que le había parecido percibir, varias veces, pero de una manera muy vaga, como si eso se ocultara de él, dejándose intuir pero no ver manifiestamente. %Eso sí que puedo verlo ahora!% se dijo.



Recordaba haber visto el curioso fenómeno exactamente a la altura de la estatua de uno de los aparentes nobles latinos, detrás de una formación de cuatro arbustos de apretadas hojas duras. Lo recordaba como una especie de esfera u objeto esférico, transparente pero oscuro en su interior, y, al mismo tiempo, irisado con miles de pequeños puntos de luz blanca y brillante, que se movían alocadamente y sin sentido en el espacio interno del esferoide.

Desanduvo a pie el camino hasta el lugar, y, al llegar, volvió a mirar por si veía a Vípero, pero, o el peón era muy lerdo o había tomado otro camino, sólo Dios sabría cuál, porque él no había notado ningún otro que no fuera el sendero pedregoso. Dudó por un instante entre ir a buscar a Vípero o seguir adelante con su exploración, y decidió hacer lo último. Sin pensarlo más, Julio se puso a buscar el grupo de arbustos y la supuesta esfera iridiscente. No tardó mucho en divisarlos, y se encaminó directamente a ellos: podía verlos justo enfrente de él, pero, por más que caminaba en línea recta en su dirección, algo le produjo una creciente inquietud y desazón: ¿Sus ojos le jugaban una mala pasada? Si no, ¿cómo era posible que, aunque caminara y caminara, el conjunto misterioso siempre estuviera a la misma distancia? Y, ¿peor aún!, que la imagen que captaban sus retinas se presentara como combada por un vidrio inexistente, al estilo de los espejos deformantes de la „Casa de la Risa% de algún siniestro parque de diversiones abandonado.

Julio se detuvo en seco. Frotó sus ojos con las manos y volvió a mirar hacia los arbustos. La deformidad espacial que se presentó a sus ojos no sólo no había desaparecido, sino que se había vuelto más pronunciada, al punto de que todo el entorno parecía haberse concentrado en el centro de una *esfera vuelta sobre sí misma*. Los altos y nudosos árboles parecían doblarse en actitudes inverosímiles, con sus copas disolviéndose en altitudes paroxísticas y sus raíces hundiéndose revoltosamente en las profundidades de la húmeda tierra; el soleado cielo azul había dado paso a una oscuridad tormentosa pletórica de pequeños puntos brillantes que danzaban sin ton ni son en el arremolinado aire ominoso: y la esfera, ~~da~~ esfera ya no estaba entre los cuatro arbustos! ¿Ni siquiera había arbustos!

Julio pensó que estaba enloqueciendo. Un calor intenso le subió a la cabeza y la vista se le

obnubiló. Trastabilló y trató de tomarse de algo que evitara su caída, pero no encontró ningún sustento. Y cayó de bruces.

15.

-*Signore Conde... Signore Conde*, reaccione, por favor, abra los ojos, diga algo, por el amor de Dios, *Signore Conde...*

La voz de Vípero le llegaba lejana, resonante, como si su cabeza estuviera sumergida en una pecera... con peces. Lentamente, Julio empezó a levantar los párpados, señal que generó un aliviado entusiasmo en Vípero:

-Aahhh, *Signore Conde*, vamos, vamos, ya reacciona Usted...

Julio parpadeó por el reflejo del sol de la media mañana, cuyo brillo cálido se entremecía a través de las frondosas copas de los árboles. De pronto, tomó conciencia de la situación, el recuerdo volvió a él con la velocidad pasmosa del relámpago, y, junto con él, retornó la sensación, *la experiencia vivida en sí misma*, que le remontó el desconcierto y el miedo. Su cuerpo transpiraba con un sudor frío, como cuando una persona sufre una hipoglucemia, y sus miembros temblaban como si fuera pleno invierno. Hasta sus dientes tiritaban, podía oír claramente el entrechocar de los molares, con un ritmo batiente y preciso.

Vípero ya no le hablaba; había ido hasta el coche, tomado una manta del asiento trasero y regresado, y ya estaba envolviéndole en ella. Julio murmuró un „gracias% entre sus chasqueantes dientes y azulados labios.

-No tiene porqué, *Signore*, estoy a su servicio.

-¿Dón...de te me..tis..te, Vii..pero?

-Venía un poco algo atrás de Usted, *Signore Conde*. Lo perdí de vista cuando doblé la curva del bosquecillo.

-Y, ¿No viste qué pasó?

-No, *Signore*, cuando llegué vi el auto estacionado y vacío, así que fui a ver si no estaría ya arriba, esperando por mí.

-Pero, ¿No me viste al pasar, que estaba viniendo hacia aquí?

-No, *Signore*, confieso que no le vi. Como

---

no le encontré arriba, en la puerta de su casa, miré para todos lados, hasta que le vi tirado delante de los arbustos...

-¿Los arbustos! ¿La esfera! ¿La esfera, Vípero! · gritó Julio de repente, con los ojos brillosos y el rostro demudado.

-Calma, *Signore Conde*. Calma, por favor. ¿Esfera? ¿De qué habla, *Signore*?

Julio se apoyó sobre el hombro de Vípero y trató de incorporarse; tenía que verla. Pero, para su desesperación, únicamente vio cuatro arbustos de hojas duras rodeando un espacio de tierra vacío. Ni una mísera ramita aparecía sobre la pelada superficie del suelo. Su boca quedó abierta en una mueca de estúpida sorpresa y sus ojos se desorbitaron con el velo de la incredulidad.

-¿Estaba aquí, Vípero, aquí mismo! ¿Tú! ¿Tú debes saber qué era, vives aquí, ¿no?! · le espetó sin miramientos.

-Se equivoca, *Signore*, no es así. No tengo idea a qué se refiere con eso de „esfera% nunca oí nada como eso en este lugar. En mi vida, se lo juro.

Julio le miró con la mirada del desconfiado. En su mente bullía todavía el calor abrasador de la frialdad de la Muerte, de *la muerte propia*. No podía creerle al desconocido que tenía delante. No podía creer que no supiera nada de este fenómeno. Su familia había servido a los Scarlatti por, ¿cómo dijo?, „desde que comenzó el mundo% eso dijo.

-No te creo, Vípero, pero no estoy en condiciones de discutir. Me siento muy débil. Estoy mareado y tengo un nudo en la boca del estómago, así que, vamos, vamos a entrar a la casa. ¿Tienes las llaves de *mi casa*?

-Digo la verdad, *Signore*, no se nada de lo que es una „esfera% no entiendo qué le pasó a Usted. Y sí, tengo las llaves. Venga, apóyese en mí, le ayudaré a llegar a su casa, y luego, haré que le atiendan como corresponde. Si lo desea, *Signore Conde*, puedo mandar llamar al Dr. Duval...

-¿Duval? ¿Dijiste Duval?

-Sí, *Signore*, es descendiente del Dr. Duval que atendía al Conde Bruno. Los Duval *también* han estado relacionados con su familia por mucho, mucho tiempo.

Julio, abrazado al hombro de su servidor, le miró atentamente. Otro nexo extraño y de edad inmemorial. Pasaron junto a las estatuas de los nobles romanos. No pudo dejar de echarles un vistazo de reojo, pensando si alguna de ellas no representaría al lejano antepasado del Dr. Duval.

Subir por las escaleras le resultó más cansino que el resto del trayecto. Cuando llegaron a la galería, Julio le pidió a Vípero que le diera un resuello, que aprovechó para voltear y mirar hacia el lugar donde había pasado el electrizante episodio. Los cuatro arbustos parecían devolverle la mirada, diciendo con mudas voces, „no te abriremos nuestros secretos... aún% Fue sacado de sus pensamientos por el rechinar que hizo la puerta de su casa al ser abierta por Vípero.

*(Continuará en el próximo número)*



# QLIPHOTH

Fanzine de mitología

<http://qliphoth.dreamers.com>

<mailto:qliphoth-subscribe@egroups.com>

© 2001 Francisco Ruiz & Santiago Eximeno